
*David Goodman
y Michael Redclift (*)*

*Examen crítico de la crisis
agrícola internacional*

INTRODUCCION

En 1927, Sir Alfred Mond establecía las condiciones que permitirían a la agricultura superar la prolongada depresión que venía padeciendo:

El conocimiento es poder, y este principio puede aplicarse a la agricultura en la misma medida que a cualquier otra (actividad) humana... En otros países, la investigación científica, el cultivo de las plantas que mejor se adaptan a la tierra, la mejora de los medios de almacenamiento, la investigación en cien direcciones distintas, han resultado ser la mejor inversión que han podido realizar los gobiernos... Los gobiernos no pueden seguir considerando a la agricultura como una especie de hija bastarda. Hay que sentar la base fundamental de la tenencia de la tierra por medio de créditos y de una mejora de los métodos de cultivo y comercialización para que, a partir de ahí, el país cuente con una agricultura próspera y floreciente, de la que se beneficiarán más industrias asimismo florecientes, ya que la tierra y los agricultores son la base de la prosperidad de cualquier país. (Mond, 1927: 293, 303).

Mond escribió estas líneas en una época en que la crisis atenazaba a las explotaciones agrícolas de Europa y Norteamérica, una crisis que se manifestaba por una caída de los precios, la

(*) University College y Wye College, respectivamente. Universidad de Londres.

— Agricultura y Sociedad n.º 52 (Julio-Septiembre 1989)

recuperación de las explotaciones (por falta de pago del comprador y el desempleo. Sus palabras demostraron ser proféticas y, un par de décadas más tarde, la alianza que proponía entre la industria, el gobierno y los agricultores fue la base de la recuperación del sector. El hombre que, como presidente y fundador de ICI, conduciría a la industria a esta alianza, no hubiese podido predecir que sesenta años después de escribir las líneas citadas el «problema agrícola» sería tan grave, aunque en ciertos aspectos totalmente diferente, como en las décadas de 1920 y 1930. Esta «triple alianza» entre la agricultura, la industria y el gobierno ha provocado una nueva crisis estructural que apenas empezamos a comprender en su totalidad. La crisis agrícola de los últimos años de la década de 1980 es una crisis basada en el éxito, al haberse logrado eliminar, gracias a la ciencia y a la tecnología, las incertidumbres que pesaban sobre la agricultura, y al haber facilitado las políticas de desarrollo un contexto de seguridad política y social en el que los agricultores pueden desarrollar su actividad. La «descomposición del antiguo sistema» (op. cit. 292), en la que Mond desempeñó anticipadamente un importante papel, nos ha llevado a enfrentarnos con una serie de problemas agrícolas, aparentemente insolubles, que se manifiestan en la actualidad en los países industrializados.

En este artículo examinaremos las causas y la dinámica de la crisis agrícola internacional de la década de 1980 y sus efectos sobre la reestructuración de la economía y de la sociedad rural de Europa occidental, Estados Unidos, Japón y otros países, concretamente Australia, Brasil y México. Como la agricultura y el entorno rural han ocupado grandes titulares en la prensa, la crisis agrícola internacional se ha convertido en tema importante de los debates políticos. Los lectores y los telespectadores se han acostumbrado a verse invadidos por una avalancha de noticias sobre cuestiones que ya les resultan familiares: sucesivas crisis presupuestarias y propuestas de reforma de la política agrícola común de la CEE; amenaza de guerra comercial entre Estados Unidos y la CEE; quiebra de los agricultores del Medio Oeste de Estados Unidos; cuotas de productos lácteos y dificultades de los agricultores de montaña británicos; quema de canales de ovino

importados por parte de los ganaderos franceses; bloqueo de carreteras con tractores en Cambera y negociaciones GATT para el establecimiento de un nuevo sistema de comercio internacional de productos agrícolas. Las comparaciones con los países en desarrollo resultan especialmente humillantes: la opulencia de los países industrializados, que se traduce en «montañas» de alimentos y «lagos» de vino, contrasta con la escasez y el hambre que padecen los países africanos. Además, cada vez existe una conciencia mayor del nexo causal que relaciona las políticas agrícolas de tipo proteccionista de los países industrializados (OCDE) con la crisis alimentaria del Tercer Mundo, conciencia que nos obliga a definir de nuevo las políticas de superproducción en términos globales. En Europa se considera que los planes de «reserva de tierras», las bonificaciones por «servicios al medio ambiente» y los programas agroforestales que se presentan, cada vez más, como posibles remedios para eliminar los excesos de capacidad productiva y diversificar las rentas agrícolas son soluciones para «nuestros» problemas, no para los problemas de los países en desarrollo.

Estas propuestas, encaminadas a reducir los excedentes agrícolas, revelan un cambio espectacular en el temario de la política agrícola internacional. En poco más de una década, el punto focal del debate se ha desplazado del temor a una escasez alimentaria global, tal como se puso de manifiesto en 1973-1974, hacia la guerra comercial y la amenaza de derrumbamiento del sistema de comercio de los productos agrícolas. Este cambio se ha producido a pesar de la creciente desnutrición que se extiende por el Tercer Mundo, de las vacilaciones de las políticas alimentarias nacionales y de la reaparición del fantasma del hambre en buena parte de Africa. Las cuestiones que más interés despiertan en la década de 1980, en los países del Norte al menos, se refieren a la superproducción, a las exigencias de reforma estructural en la agricultura, a la creciente importancia que se concede a las políticas de medio ambiente y a las negociaciones GATT sobre el comercio de productos agrícolas. A raíz del derrumbamiento, en la década de 1970, del orden alimentario establecido bajo la hegemonía de Estados Unidos, se ha estancado el proceso de

estructuración y regulación de los futuros mercados agrícolas mundiales.

Estas cuestiones han surgido en el contexto de una creciente disputa, áspera y costosa, por el control de los mercados de exportación, en la medida en que Estados Unidos intenta ampliar su dominio sobre el sistema alimentario mundial y reducir las pérdidas sufridas en su cuota de mercado a manos de sus competidores, en especial la Comunidad Económica Europea. La intensidad de esta pugna refleja la agudeza de los desequilibrios internos que caracterizan la crisis agrícola que padecen Estados Unidos y Europa: una crisis que genera fuertes presiones políticas encaminadas a potenciar la venta de excedentes en los mercados exteriores. Los programas de exportación basados en importantes subvenciones han cargado el peso de los reajustes nacionales sobre terceros países, debilitando la seguridad alimentaria de los países importadores y restringiendo los mercados a los que pueden acudir los exportadores agrícolas tradicionales.

Las repercusiones de la «crisis agrícola» sobre los países en desarrollo demuestra la falsedad y el engaño subyacente en la afirmación de que la crisis se limita a los países del Norte. Los sistemas alimentarios de posguerra se han ido internacionalizando como consecuencia de la mayor integración de los mercados nacionales, del uso de tecnologías comunes, de la uniformización de los patrones de consumo alimentario y de las estrategias económicas de las empresas agrícolas internacionales. Esta integración e interdependencia de los sistemas alimentarios es resultado directo de la internacionalización de la producción y de la acumulación de la economía mundial de posguerra. Sería erróneo considerar la «crisis agrícola internacional» como una mera desviación coyuntural o cíclica, cuando es en realidad una consecuencia lógica de la reestructuración de la economía alimentaria global.

El desplazamiento del foco de preocupación internacional desde la escasez alimentaria mundial en la década de 1970 hacia la superproducción en la de 1980 demuestra la inestabilidad de la producción, de los precios y de las rentas agrícolas.

La experiencia histórica desde la formación de los mercados mundiales de bienes de consumo a finales del siglo XIX parece indicar que esta inestabilidad es más una regla que una excepción. Desde luego, para muchos autores la inestabilidad es una característica intrínseca de la agricultura, dadas la base natural o biológica del proceso de producción y la estructura atomizada y competitiva de los mercados de bienes de consumo. Con todo, los mercados agrícolas mundiales disfrutaron de una notable estabilidad durante las décadas de 1950 y 1960. Una de las cuestiones más importantes que plantea la crisis actual es determinar el modo de restablecer tales condiciones. ¿Es posible establecer mecanismos internacionales de regulación y ajuste que permitan erradicar las fuentes de inestabilidad de los mercados mundiales y devuelvan la prosperidad a las familias campesinas y a las comunidades rurales? La ronda de negociaciones de Uruguay en el seno del GATT, adquiere una importancia especial en este contexto.

En este artículo abordamos las cuestiones expuestas desde una perspectiva analítica coherente. En él examinamos la naturaleza de la crisis agrícola de la década de 1980 y analizamos la firmeza y las limitaciones de los posibles caminos que puede seguir. La crisis actual es la expresión *internacional* de las tendencias estructurales determinadas por las políticas agrícolas contemporáneas, cuyas contradicciones a nivel nacional son conocidas desde hace mucho tiempo. Estas contradicciones se hallan indisolublemente unidas a las políticas proteccionistas, y fundamentalmente expansionistas, que se adoptaron para superar la crisis surgida en el período de entreguerras. Con estas políticas se inició un nuevo ciclo de acumulación agroindustrial, al difundirse las tecnologías mecánicas y químico-genéticas desarrolladas durante las décadas de 1920 y 1930. Las medidas de sostenimiento de los precios y otros incentivos a la inversión generaron una intensa competencia tecnológica, reforzando las tendencias seculares a largo plazo de los países industrializados, como el éxodo de la población rural, la disminución del número de explotaciones agrícolas y el aumento de la concentración y de la especialización dentro del sector agrícola. Los posibles efectos desestabilizadores de la enorme

expansión de la capacidad productiva agrícola sobre los precios y rentas agrícolas durante la posguerra se regularon destinando los excedentes de producción a la creación de reservas estatales, a ayudas alimentarias y exportaciones en condiciones preferentes, y a exportaciones comerciales.

Este sistema funcionó de forma eficaz mientras el exceso de capacidad productiva permaneció concentrado en Estados Unidos. No obstante, la internacionalización de las modernas tecnologías de producción intensiva y las estructuras de regulación protectoras asociadas a ello contenían la semilla de una futura inestabilidad de los mercados agrícolas mundiales. Al aumentar la competencia para dar salida a los excedentes, los citados mercados se han hecho más inestables, y esta inestabilidad se ha transmitido en sentido descendente hasta afectar a los mercados nacionales, con la consecuencia de un brusco aumento de los costes de los programas agrícolas durante la década de 1980. Junto a estas tendencias acumulativas a largo plazo, se observan en la actualidad síntomas coyunturales de crisis, como la brusca pérdida de valor de la tierra, la quiebra de algunas explotaciones, las ejecuciones de hipotecas y «tensiones» financieras, y la aceleración del éxodo rural. Conforme se intensifican estos efectos coyunturales, se elevan, en demanda de una reforma de la política agrícola, nuevas voces, que van desde las quejas colectivas de las organizaciones agrícolas hasta las propuestas de reestructuración general del comercio internacional de productos agrícolas. La crisis de la década de 1980 señala así el final del ciclo de acumulación agroindustrial de posguerra y de las estructuras de regulación que permitieron su internacionalización en todos los países de la OCDE y, a través de la Revolución Verde, en algunos sectores agrícolas del Tercer Mundo.

En nuestra opinión, la crisis agrícola actual es básicamente una crisis estructural, surgida como consecuencia lógica del modelo agroindustrial y de la incapacidad de los gobiernos para subordinar sus propios intereses nacionales a un compromiso histórico de mayor envergadura. No estamos ante una simple modalidad aberrante del sistema, ya que los problemas coyunturales de la economía agrícola internacional son consecuencia directa de la incapacidad del sistema para controlar sus propias contradicciones.

Hemos de ser conscientes de que la agricultura y la crisis agrícola encajan en la perspectiva de las tendencias a largo plazo de la acumulación capitalista. A partir del «New Deal» en Estados Unidos, y bajo el impulso posterior del Plan Marshall para la reconstrucción europea, se estableció un marco para la regeneración de la agricultura y de la industria cuyo éxito dependía tanto del estímulo del mercado como del apoyo de los Estados. Los campesinos entraron en el período de posguerra en estado de gracia, en la creencia de que, al presionar a los gobiernos con sus demandas específicas, estaban proponiendo objetivos de carácter nacional más que sectorial. Los gobiernos de Estados Unidos y Europa occidental aceptaron de buena gana desempeñar el papel de sirvientes del nuevo Prometeo, y facilitaron el contexto político necesario para la implantación de una revolución tecnológica en la producción agrícola. Una vez establecido este marco, se supuso que el éxito del modelo podría medirse en términos de producción (la reestructuración económica tenía connotaciones diferentes en los días alciónicos de la recuperación de la agricultura). Lo que no se previó fueron las consecuencias que el aumento de la competencia técnica en la agricultura «nacional» tendría sobre los mercados mundiales, es especial cuando la organización multilateral de estos mercados bajo la dirección de Estados Unidos dio paso en la década de 1970 al bilateralismo y a la competencia implacable.

Estas consecuencias son las que nos interesa tratar en el presente artículo, que trata de reunir hechos y cuestiones aparentemente fragmentarios en un marco de análisis coherente, subrayando al mismo tiempo que la crisis agrícola es un fenómeno mundial e interdependiente que se ha reforzado con el desarrollo del sistema alimentario contemporáneo. Aunque los efectos de esta crisis se manifiestan con mayor agudeza en el Tercer Mundo, sus dimensiones rebasan el lecho de Procusto de las relaciones Norte-Sur. La crisis agrícola internacional tiene su origen en el largo auge que el capitalismo industrial experimentó durante la posguerra y en el debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos en el campo de la política alimentaria.

El derrumbamiento del sistema de Bretton Woods en 1971, el reajuste de los tipos de cambio, la crisis del petróleo de 1974 y la

creciente movilidad del capital a escala internacional incrementaron la inestabilidad en la economía mundial. Sus efectos sobre la agricultura tardaron algún tiempo en manifestarse en los países industrializados (OCDE), debido al aumento que experimentaron los precios de mercado a mediados de la década de 1970 y a las decisiones políticas adoptadas con objeto de sostener los costes crecientes cada vez mayores que implican las medidas de apoyo a la agricultura y la superproducción. Sin embargo, tales contradicciones han quedado puestas de manifiesto con la recesión a nivel mundial observada en la década de 1980 y con la crisis fiscal de Estados Unidos y de la Comunidad Económica Europea, con las lógicas consecuencias negativas para «terceros» países que dependen de las exportaciones agrícolas. A nivel mundial, se han intensificado las fluctuaciones de los precios, cuya inestabilidad se ha visto agravada por los enérgicos esfuerzos realizados por Estados Unidos y la CEE para expandir sus exportaciones mediante la concesión de importantes subvenciones. Las tendencias actuales han distorsionado aún más las estructuras agrarias del Tercer Mundo, aunque en este caso la crisis agrícola, que es el tema que nos ocupa, es más cuestión de escasez de alimentos que de superproducción, restricciones fiscales y endeudamiento de los agricultores.

Podemos enunciar como principales componentes de la crisis agrícola internacional los siguientes:

- a) el desarrollo en Estados Unidos de un modelo de innovación tecnológica y de intervención en los mercados agrícolas, y su difusión a nivel internacional;
 - b) el derrumbamiento del sistema de regulación del comercio mundial de productos agrícolas, controlado por Estados Unidos durante la posguerra;
 - c) la crisis de representación y de legitimación política entre las organizaciones de agricultores y el Estado, y
 - d) la incapacidad para prever o frenar los problemas de medio ambiente relacionados con el nuevo modelo agrícola tecnológico/político.
-

a) El desarrollo del modelo agrícola tecnológico/político

Para entender la actual crisis agrícola internacional, debemos empezar por comprender el constante crecimiento de la productividad resultante del modelo agroindustrial, intensivo en capital y en energía, desarrollado en Estados Unidos a partir de 1930. La convergencia de las tecnologías mecánicas y fitosanitarias en la corriente de innovaciones genéticas iniciada en la década de 1930 con las técnicas de hibridación (Goodman, Sorj y Wilkinson, 1987) sentó la base tecnológica de este modelo de acumulación agroindustrial. El interés por la fitogenética como foco principal del progreso técnico llevó al desarrollo de «paquetes» tecnológicos complementarios en los principales sectores agrícolas. En la década de 1960, estas tecnologías facilitaron la transformación de determinados sectores agrícolas del Tercer Mundo en lo que se conoce como la «Revolución Verde», así como una mayor internacionalización del modelo agroindustrial estadounidense.

En un clima de sostenimiento de los precios y de incentivos a la producción, la innovación tecnológica y su difusión en las economías industrializadas se han mantenido gracias a los esfuerzos de los organismos oficiales de investigación agrícola y de los servicios de extensión agraria, y a las estrategias de acumulación desarrolladas por el capital agroindustrial. Al estar directamente supeditado el sostenimiento de las rentas agrícolas al volumen de producción y, en consecuencia, al depender la rentabilidad de los niveles de costes unitarios, los agricultores se han visto forzados a subirse en una «noria tecnológica» para escapar de la presión de costes y precios, si querían evitar el abandono de sus actividades. La competencia tecnológica y unos métodos de producción cada vez más intensivos han propiciado, a partir de la década de 1930, un aumento de la productividad intenso y continuo, pero este proceso ha supuesto también un éxodo masivo de la población campesina y una tendencia persistente hacia la concentración de la producción y de los bienes de capital agrícola. Con todo, sería una ingenuidad atribuir la crisis agrícola únicamente a los fallos al modelo agrícola, intensivo en capital y en factores de producción,

imperante en los países de la OCDE. Dejando aparte sus repercusiones sobre el medio ambiente y otros costes que no capta el mercado, este modelo ofrece, sin duda, grandes posibilidades para el crecimiento continuo de la productividad y para una mayor centralización de la capacidad productiva. Más bien, debemos buscar las raíces de la crisis actual en las contradicciones que se observan en las estructuras nacionales de regulación y en el hundimiento del orden alimentario internacional que acompañó al declive de la hegemonía de Estados Unidos en la economía mundial a partir de los primeros años de la década de 1970.

Al tiempo que las innovaciones en el campo de la genética favorecían la inversión de la larga tendencia a la reducción de las cosechas en Estados Unidos y daban lugar a la convergencia tecnológica, los programas de protección, de estabilización de precios y de sostenimiento de las rentas agrícolas establecidos por el New Deal estadounidense, y las medidas similares adoptadas por otros países industrializados, permitieron que la agricultura se recuperara del período de depresión de entreguerras. Esta estructura de regulación de los mercados sentó las bases institucionales de un crecimiento sostenido de la producción y de la productividad, que en el período de posguerra dio lugar a un incremento de la superproducción y a un aumento de la presión fiscal. Este aparato institucional de mercados regulados y de intensa competencia tecnológica, que se consolidó y extendió durante las décadas de 1940 y 1950, confirmó la posición del triángulo cereales-piensos-ganadería como piedra angular del sistema alimentario y de las pautas de consumo alimentario de Estados Unidos. Debido a los avances en materia de genética, nutrición y sanidad animal, así como a las presiones a la baja sobre los precios debidas al crecimiento continuo de las cosechas y de la producción agrícola, los precios de la carne y de los productos lácteos han disminuido en términos reales, al tiempo que aumentaba la importancia de estos productos en la dieta de las sociedades industrializadas.

El modelo de regulación agrícola y de competencia tecnológica surgido del New Deal y de los controles de emergencia del tiempo de guerra desempeñó, pues, un importante papel en la consolda-

ción del régimen «fordista» de acumulación durante la posguerra (Friedman, 1987; Kenney, Curry y Stockwell, 1987). En la agricultura, el «fordismo» queda tipificado por la ecuación maíz-haba de soja-ganado, como fuente de alimentación barata para los trabajadores industriales y para los empleados residentes en los alrededores de las grandes ciudades. Este modelo sostuvo asimismo la expansión de los sectores no agrarios de la alimentación y de las fibras textiles, al tiempo que la competencia tecnológica facilitaba mercados para los factores agroindustriales y suministros de bajo coste para las industrias de transformación de alimentos. La política de alimentos a precios asequibles, que se centraba en los alimentos de primera necesidad y en los piensos y productos ganaderos, es el equivalente rural del principio «fordista» de producción industrial en masa. Roosevelt captó con claridad esta relación funcional cuando prometió poner «un automóvil en cada garaje y un pollo en cada olla». En el período de posguerra, las estrategias de los capitales agroindustriales multinacionales y los intereses de la política exterior de Estados Unidos dieron como resultado lo que Rama (1985) denomina «la homogeneización internacional de los bienes salariales».

El desarrollo de sistema de producción intensiva de ganado de engorde y el consumo basado en las proteínas animales son absolutamente decisivos en este modelo agroindustrial. Esta simbiosis ofrece una salida fundamental al vasto potencial productivo de productos alimentarios y piensos. Estos patrones de comportamiento son la base de los desequilibrios globales que se observan en el consumo alimentario. Así, se estima que durante los primeros años de la década de 1980 los países occidentales consumieron 400 millones de toneladas de cereales pienso, cifra equivalente al consumo total del Tercer Mundo. Además, los escasos recursos agrícolas del Tercer Mundo han sido desviados del cultivo de productos alimentarios básicos a la producción de piensos con destino a los mercados internacionales, como sucede con la soja en Brasil y con la mandioca en Tailandia. Los cambios estructurales de la demanda a nivel mundial, unidos a la difusión de los sistemas de ganadería intensiva y de la dieta «fordista», han alterado el comercio internacional de productos agrícolas y la

posición de los productores de bienes de primera necesidad del Tercer Mundo en la división mundial del trabajo. El examen de la crisis agrícola en países como México revela asimismo que el aumento del consumo nacional de carnes y productos lácteos por las clases urbanas más acomodadas está indisolublemente unido a una serie de cambios en la utilización de la tierra que han agravado aún más la crisis alimentaria en esos países.

**b) El derrumbamiento de la regulación internacional:
trastornos en los mercados mundiales**

El Plan Marshall y otros programas de reconstrucción establecidos por Estados Unidos durante la posguerra estimularon la adopción de este modelo agroindustrial en Europa occidental. Como estos países, a su vez, procuraban mantener políticas de bajo precio para los alimentos y modernizar su tecnología, surgieron estructuras de negociación y legitimación basadas en una alianza institucional entre el Estado, los sindicatos agrícolas, las asociaciones de productos y la industria agraria. (Una de las cuestiones más importantes de la crisis agrícola actual estriba en saber si estas estructuras conservarán tan importante función en caso de transición hacia algún tipo de agricultura post-productivista). La difusión del modelo estadounidense de producción/consumo a los países de Europa occidental y a otros países de la OCDE, unida al liderazgo tecnológico y a la indiscutible supremacía de Estados Unidos en los mercados mundiales, estableció de hecho un orden alimentario internacional bajo la hegemonía estadounidense. El largo período de expansión capitalista, desde los primeros años de la década de 1950 hasta los primeros años de la década de 1970, estuvo caracterizado por una estabilidad sin precedentes en los mercados mundiales de bienes de consumo. Esta estabilidad se basó en los mecanismos de control de la producción establecidos por Estados Unidos, en especial los planes de reserva de tierras y los programas de almacenamiento, y en la función creadora de mercados de las exportaciones en condiciones preferentes y de la ayuda alimentaria, con arreglo a la Ley 480 de 1954 especialmente. En el ámbito nacional, el orden

alimentario internacional permitió contener los precios de los alimentos de primera necesidad, de los piensos y de otros productos alimentarios básicos, reforzando así el marco de regulación económica internacional establecido por el acuerdo de Bretton Woods y controlado por Estados Unidos en virtud de su posición dominante en el sistema financiero internacional y en el comercio mundial.

La «exportación» del modelo agroindustrial de Estados Unidos a Europa occidental y a otros países industrializados implicó una serie de consecuencias que resultan más fáciles de apreciar hoy, de forma retrospectiva, que en el momento de producirse. Tradicionalmente, el comercio Norte-Sur había estado dominado por una «preferencia imperialista» que concedía a determinados países «ventajas comparativas» en las actividades de producción y exportación de bienes agrícolas. Los vínculos existentes entre determinados sectores nacionales de Estados Unidos y los mercados mundiales, sin embargo, contribuyeron a modificar las bases de tales relaciones y minaron las estructuras del acuerdo colonial transatlántico. El cambio en los hábitos de consumo alimentario en Norteamérica y Europa, aspecto en el que Estados Unidos mantuvo una vez más el liderazgo tecnológico, tuvo sus consecuencias sobre un sistema alimentario cada vez más internacionalizado.

La creciente penetración de la agroindustria transnacional impulsó el desarrollo de los sectores agrícolas de los países desarrollados, e hizo que la producción de los países en desarrollo dependiera cada vez más de la mayor productividad de las economías industrializadas que ocupaban el «centro» del modelo. A principios de la década de 1980, las dos terceras partes de las exportaciones de productos agrícolas *procedían de* países de la OCDE, mientras que los países en desarrollo contabilizaban casi la mitad de las importaciones agrícolas.

La vuelta a la inestabilidad de precios en los mercados agrícolas a partir de 1972 parece indicar que el período de estabilidad vivido entre 1956 y 1972 fue realmente excepcional. Si se logró una cierta estabilidad fue gracias a la financiación y

gestión de la producción de los agricultores estadounidenses y a la generalización de las compras en régimen de intervención en el interior de la Comunidad Económica Europea. Se establecieron compromisos con «terceros» países como Canadá, Australia, Argentina y Brasil, cuyas exportaciones de productos agrícolas suponían una amenaza competitiva para los dos grandes bloques económicos. Pero tanto en Estados Unidos y Japón como en Europa occidental se empezó a poner en duda el fundamento del apoyo a la agricultura, ya que todo parecía indicar que los consumidores y los contribuyentes iban a verse obligados a hacer frente a exigencias cada vez mayores de los agricultores, cuyas expectativas de aumento de rentas habían quedado claramente afirmadas. Los cambios producidos en los mercados agrícolas se manifestaron asimismo en el otro extremo del sistema alimentario, el de la transformación de los alimentos, ya que las pequeñas empresas de capital nacional encontraron crecientes dificultades para sobrevivir a la racionalización.

Las contradicciones propias del nuevo modelo agroindustrial y el fracaso de las medidas reguladoras internacionales tuvieron efectos visibles tanto en los países en desarrollo y en «terceros» países como en Europa occidental.

1) Repercusiones en los países en desarrollo

Los suministros de cereales para consumo humano a precios bajos y estables en condiciones preferentes han determinado que los países en desarrollo dependan cada día más de las importaciones para satisfacer las demandas de unas poblaciones urbanas en rápido crecimiento. Los políticos se han mostrado preocupados ante la posibilidad de que las estructuras agrícolas tradicionales, supuestamente inflexibles, actuaran como elementos de rigidez en los suministros y provocaran un aumento en los precios de los alimentos y en los salarios reales, que pusiera en peligro los programas de industrialización acelerada. La creciente integración en el orden alimentario internacional de posguerra ha tenido un efecto debilitador sobre la agricultura tradicional, ya que los agricultores se han visto obligados a competir con unas importa-

ciones amparadas por importantes subvenciones y a adaptarse al rápido cambio de los patrones alimentarios de la población urbana, centrados en el consumo de derivados del trigo, productos lácteos y carnes. Se han producido asimismo cambios en la utilización de la tierra, que ha pasado del cultivo de cereales para consumo humano al cultivo de cereales pienso y de plantas forrajeras, lo cual ha debilitado aún más la producción nacional de alimentos y en algunos casos ha acentuado la dependencia del Tercer Mundo respecto de las exportaciones. Se ha acelerado la desarticulación de la agricultura de carácter familiar a causa de los programas de modernización y las políticas reguladoras elaboradas a partir del modelo estadounidense: incentivos fiscales y de crédito selectivos, servicios públicos de investigación y extensión agraria, y medidas de promoción agroindustrial y de sostenimiento de los precios. Algunos pequeños productores han conseguido adaptarse a las exigencias de modernización y han incrementado su producción de bienes de consumo especializándose en cultivos de mayor rentabilidad, pero la mayor parte de ellos se ven abocados a un futuro incierto de pobreza rural y empleo irregular. La modernización agrícola y la internacionalización de los patrones de consumo alimentario han determinado que muchos países en desarrollo, como hemos visto, se hayan convertido en importadores netos de productos agrarios, invirtiéndose así el equilibrio de los flujos mundiales de intercambio agrícola que caracterizó al período de entreguerras. Esta inversión resulta aún más evidente si excluimos a Argentina, Brasil y Tailandia, casos especiales de integración en la nueva división mundial del trabajo en el comercio de productos agrícolas.

II) *El caso de Europa occidental*

En Europa occidental, por el contrario, la consolidación del modelo agroindustrial estadounidense y de los incentivos a la producción establecidos en el marco de la Política Agrícola Común han dado origen a una situación totalmente diferente. Como el crecimiento de la producción agraria ha superado siempre una demanda global de alimentos inelástica y de

desarrollo muy lento, la CEE siguió en un principio el ejemplo de Estados Unidos y se volcó en los mercados de exportación para resolver las contradicciones de las políticas nacionales y reducir el volumen de sus excedentes alimentarios.

Esta estrategia pudo mantenerse hasta los primeros años de la década de 1980 gracias a la escasez mundial de alimentos (durante los años iniciales de la década de 1970) y a las continuas compras, financiadas mediante créditos, por parte de los países del Tercer Mundo y de los países productores de petróleo con excedentes de capital. A partir de entonces, las exportaciones procedentes de Estados Unidos cayeron por debajo de la cifra récord de 44.000 millones de dólares alcanzada en 1981, como consecuencia de la brusca apreciación del dólar y de la recesión económica mundial. Sin embargo, la consolidación de la CEE como principal exportador alimentario, unido a los cambios observados en las políticas agrícolas de Estados Unidos, que se orientan hacia los mercados, ha contribuido a aumentar la inestabilidad de los mercados mundiales de bienes de consumo. Esta creciente competencia ha debilitado el orden alimentario internacional y las condiciones de relativa estabilidad de los precios observada durante las décadas de 1950 y 1960. El papel regulador que desempeñaban Estados Unidos y los acuerdos multilaterales sobre bienes de consumo han sido sustituidos por acuerdos bilaterales y otras formas de comercio, al tiempo que la CEE y Estados Unidos adoptan políticas comerciales cada vez más agresivas.

III) *Posición de los «terceros» países*

La desaceleración del crecimiento del comercio de productos agrícolas durante la década de 1980 a consecuencia de la recesión económica mundial y de la crisis crediticia internacional ha acentuado la competencia entre la CEE y Estados Unidos, hasta el punto de convertirla prácticamente en una guerra comercial. Al mismo tiempo, los países con mayor deuda externa, como Argentina, Brasil y México, se han visto forzados a redoblar sus esfuerzos de cara a las exportaciones, en circunstancias de deterioro

de los mercados y competencia desleal, para poder hacer frente a los gastos que les supone el servicio de la deuda. Como consecuencia, la utilización de la tierra ha pasado del cultivo de productos básicos al cultivo de productos de gran rentabilidad, con la agravación consiguiente de la escasez alimentaria interna y de la incidencia de la desnutrición entre los pobres de las zonas rurales y urbanas. En los casos de Australia, México y Brasil pueden observarse con la máxima claridad las consecuencias de la transmisión a terceros países, *a través* de los mercados mundiales de exportación, de las distorsiones ocasionadas por las políticas agrícolas nacionales de los países de la CEE y de Estados Unidos.

La evolución reciente del comercio en la cuenca mediterránea sirve de ejemplo de esta interdependencia de los mercados mundiales y de las repercusiones sobre terceros países de las políticas adoptadas por la CEE y por Estados Unidos. Este último ha elegido la región citada como «campo de batalla» para enfrentarse a la creciente competencia de la CEE y reafirmar su hegemonía en el sistema alimentario internacional. Su estrategia consiste en debilitar a la CEE atacando los acuerdos preferenciales firmados con los países mediterráneos, socavando de este modo los mercados de exportación tradicionales para los excedentes comunitarios y acentuando las divisiones internas entre los Estados miembros. Sin embargo, otros países exportadores han sufrido con igual intensidad los efectos de esta confrontación, ya que Egipto es el principal mercado para el trigo australiano y Arabia Saudí lo es para la cebada canadiense. Argentina, Brasil y Tailandia tienen asimismo importantes mercados de exportación en la zona mencionada. Todos estos países se ven así abocados de forma inexorable a participar de la crisis agrícola que padecen las economías industrializadas. Sin embargo, carecen de los recursos necesarios para subvencionar las exportaciones o para librar una guerra comercial. Su vulnerabilidad nace del modo como se han integrado en los mercados mundiales, testimonio en sí mismo de las *desventajas* de la «ventaja comparativa» en un período de recesión en el que el aumento de la competencia en la exportación de productos agrícolas da lugar a una nueva racionalización de la producción que obliga a los agricultores marginales a abandonar

su actividad. Aproximadamente la mitad de los cultivadores de trigo de Nueva Gales del Sur se enfrentaron en 1987 con una perspectiva de reducción del crédito. El precio de la tierra en las principales zonas de cultivo de trigo y de cría de ovejas descendió en un 40 % entre 1985 y 1987.

c) Crisis de representación y legitimación política

Debido a la crisis agrícola, los actuales regímenes de producción se han visto expuestos a una crisis de legitimidad. Tanto los estados como las organizaciones de agricultores han tenido que aceptar que es preciso reducir la superproducción y contener el gasto público. La reforma agrícola ha pasado a ser una cuestión de la mayor importancia en el temario político, tanto a nivel nacional como internacional, y los distintos países han fijado sus posiciones iniciales para la ronda de negociaciones de Uruguay, en el seno del GATT. Aunque todos reconocen la urgencia de la reestructuración, las propuestas de reforma del comercio internacional de productos agrícolas presentadas por la Comunidad Europea tiene muy pocos puntos en común con las presentadas por Estados Unidos y el llamado «Club Cairns» de terceros países. El paquete de medidas económicas presentado por la CEE insiste en que la Comunidad debe mantener su sistema dual de precios, según el cual los precios que se abonan a los agricultores son superiores a los de exportación, mientras que Estados Unidos y los países del Club Cairns proponen un período transitorio de diez años a un sistema de libre comercio mundial, mediante la supresión de las subvenciones a la exportación, de las restricciones a las importaciones y de cualquier apoyo a la agricultura no vinculado a la producción. Las dificultades y el coste social de tales propuestas de reestructuración serán probablemente muy considerables, tanto para los países desarrollados como para los «terceros» países.

La cuestión de la legitimación pone de manifiesto un aspecto fundamental de la crisis agrícola, de importancia capital para su tratamiento y resolución, incluso en el caso de que fuera posible dejar a un lado las rivalidades geopolíticas internacionales. La crisis

agrícola presenta todas las características de una crisis económica estructural: quiebra de explotaciones, descenso de las rentas agrícolas, bajo rendimiento del capital y declive de las comunidades rurales, cuya prosperidad está indisolublemente unida a las alternativas del sector agrícola. No resulta sorprendente, por tanto, que se ponga a menudo en tela de juicio la capacidad de las agrupaciones de agricultores para obtener el apoyo de los gobiernos, cuando intentan minimizar las consecuencias que pueda acarrear la restructuración sobre sus miembros. En Estados Unidos, por ejemplo, el incremento de las exportaciones y unos precios de mercado relativamente favorables durante la década de 1970 vinieron a agregarse a los programas de ayuda a los agricultores para mantener aislada a la agricultura de la situación de inestabilidad económica mundial. Estos factores, reforzados hasta 1979 por unos tipos de interés real muy bajos, unidos a una serie de incentivos a la inversión, determinaron unas altas tasas de inversión financiadas con créditos. Los productores que más oportunidades tuvieron de acudir a los mecanismos de crédito han sido las principales víctimas de la crisis agrícola en Estados Unidos, que es una crisis de crédito en gran medida y, por ello, de efectos desiguales. Estos productores se han visto apresados en la trampa clásica del crédito por el brusco aumento de los tipos de interés real en 1979-80, el derrumbamiento de los precios de la tierra y, a partir de 1984-85, el descenso de los precios agrícolas, que han agravado aún más los problemas de liquidez financiera.

En términos generales, los agricultores de la CEE se han enfrentado con circunstancias similares, si bien el establecimiento de cuotas para los productos lácteos en 1984 planteó una serie de problemas de ajuste excepcionales que muy bien podrían servir de ejemplo sobre el alcance del proceso de restructuración que nos espera. Las peticiones de ayuda y protección oficial por parte de los agricultores han sufrido algunos ataques y el proceso de restructuración está poniendo en tela de juicio la capacidad de las agrupaciones de agricultores para representar a todos sus miembros. Las organizaciones agrícolas de Norteamérica y de Europa occidental han tratado de identificar los intereses de sus miembros con los de la sociedad liberal, democrática y capitalista.

Han establecido la propiedad privada como piedra angular de la democracia y baluarte contra el monopolio, tanto estatal como privado. En una época en la que el incremento de la producción era una necesidad estratégica y en la que podía encontrarse un puesto de trabajo en la agricultura con más o menos dificultades, esto no supuso ningún problema. La retórica de las organizaciones agrícolas y de los gobiernos tenía un matiz nacionalista y de rechazo urbano que alcanzó un amplio apoyo a nivel popular. Los excedentes alimentarios, el incremento acelerado de las subvenciones oficiales y la extensión del desempleo urbano han modificado esta situación. En la actualidad, la opinión pública ve a las organizaciones de agricultores con creciente recelo. Su exigencia de legitimación oficial sufrirá probablemente nuevos ataques, tanto por parte de sus miembros, que perciben el aislamiento en que se encuentran, como por parte de los gobiernos, cada día más conscientes de la responsabilidad política que representan los agricultores. Los costes de la retirada del apoyo a la agricultura caerán probablemente de forma desproporcionada sobre los pequeños productores y agravarán de este modo la tendencia actual a la concentración y diferenciación dentro del sector.

A mediados de la década de 1980, el desarrollo de nuevas políticas neoliberales en la mayor parte de las economías occidentales, puestas en práctica tanto por gobiernos socialdemócratas como conservadores, dio lugar a un nuevo proyecto político de privatización estatal, y la exigencia de que se redujese la ayuda prestada a los agricultores atrajo la atención de la derecha. Se atacó abiertamente el supuesto defendido por algunos, de que el aumento de la competencia internacional ayudaría a los sectores agrícolas más debilitados de Europa occidental. La ampliación de la CEE a Grecia, España y Portugal, países cuya agricultura estaba relativamente atrasada y subordinada, supuso un aumento del apoyo a una amplia variedad de productos «mediterráneos», en un infructuoso intento por detener el descenso del nivel de vida de numerosos productores de estos países. El modelo de desarrollo económico basado en economías abiertas y en la ventaja comparativa solo ha funcionado en un contexto de procedimientos multilaterales pactados para regular los mercados. La política

económica neoliberal trata, en principio, de reducir las medidas proteccionistas, pero en la práctica parece hacer una excepción en el caso de la agricultura.

d) Los problemas agrícolas y la crisis del medio ambiente

Hace ya algún tiempo que se reconocen los efectos de la agricultura sobre el medio ambiente rural (Shoard, 1980; Green, 1981). Sin embargo, los intentos de incluir esta preocupación por el medio ambiente en los análisis de la crisis agrícola se limitan casi siempre a los países desarrollados. Es preciso que comprendamos que las consecuencias para el medio ambiente del modelo agrícola político/tecnológico desarrollado en Estados Unidos no se limitan a los países industrializados, en los que resulta evidente la adopción de este modelo (Redclift, 1987). En los países en desarrollo, se han relacionado determinados cambios en la utilización de la tierra y la adopción de las tecnologías con los cambios de la división internacional del trabajo y con los procesos de especialización y concentración que han marcado las últimas décadas. Como hemos visto, se cultivan productos como la soja, el sorgo o la mandioca para exportarlos, de forma que sirvan para la alimentación animal en Europa. Al mismo tiempo, la expansión de las empresas agrícolas internacionales en los países en desarrollo ha tenido un efecto señalado sobre el empleo en estos países, ya que ha aumentado la proporción de trabajos estacionales y temporales. Además, estas empresas internacionales han contribuido en muchos casos a agotar los recursos naturales, ya que los productores de bienes de consumo básicos se ven forzados a dedicar las tierras a cultivos más intensivos o presentan demandas excesivas de agua, leña y recursos forestales. La vida en los países en desarrollo exige grandes esfuerzos a las economías domésticas (y en particular de las mujeres), que deben acudir a diferentes fuentes de ingresos y medios de subsistencia. Uno de los motivos por los que resulta imposible mantener el ritmo de desarrollo es, con frecuencia, la apropiación del control de la toma de decisiones tanto empresariales como políticas por parte de organismos cuyo

objetivo es independizar la producción agrícola de su función de suministro de medios para satisfacer las necesidades básicas de las economías familiares. Esta apropiación del control es la razón fundamental de la crisis del medio ambiente.

Es difícil caer en la exageración cuando se habla de los efectos de las modernas prácticas agrícolas sobre el medio ambiente en los países desarrollados. He aquí algunas de las consecuencias más importantes: desarrollo de variedades de insectos resistentes a los plaguicidas; pérdida de las funciones ecológicas; contaminación de las cadenas alimentarias y de los propios alimentos; pérdida de hábitats importantes, como las marismas, y contaminación masiva de los recursos hídricos. Los efectos del actual modelo agrícola político/tecnológico son tanto directos (las consecuencias de la propia tecnología, por ejemplo) como indirectos (la alteración de las pautas de propiedad y control de los recursos de la tierra).

La especialización de los cultivos, que ha implicado una mayor mecanización, ha aumentado la compactación del suelo al reducirse las prácticas de conservación del mismo y ha conducido al abandono del reciclado de nutrientes (Buttel y Gertler, 1982). El monocultivo obliga a confiar menos en la rotación de las cosechas, especialmente de legumbres, y más en el uso de plaguicidas y fertilizantes inorgánicos. La intensificación de la producción agrícola gracias al empleo de estos productos ha planteado una serie de problemas, entre los que se cuentan el corrimiento de suelos, la eutrofización y contaminación del suministro de aguas, la presencia de residuos tóxicos en los alimentos y la resistencia de las plagas. Un estudio realizado recientemente por la CEE (1986) indica que en los Países Bajos se utilizan anualmente fertilizantes nitrogenados en cantidades que superan con frecuencia los 500 kg por hectárea y que dejan importantes residuos en el suelo. Según un informe relativo a la agricultura en la cuenca de París, se ha observado un excedente de 240 kg por hectárea durante un período de siete años. En otras zonas, la intensificación de la producción y el monocultivo han favorecido la erosión del suelo. Se ha calculado que un 25 % de la superficie de España se encuentra seriamente erosionada. También la fauna se ha visto gravemente afectada por estos procesos agrícolas. Se ha calculado

(CEE, 1986, pág. 34) que, aunque únicamente el 5% de las especies animales existentes en la cuenca de París son nocivos para los cultivos de cereales, los efectos combinados de los fertilizantes químicos han provocado una reducción de las dos terceras partes de las especies animales existentes en la zona. En los Países Bajos han desaparecido más de la mitad de las especies de la flora desde que se inició la intensificación de los cultivos a comienzos de este siglo (Vogtmann, 1985). En ocasiones se han alterado los hábitats. Entre 1950 y 1980 se perdieron más de la mitad de los hábitats de las marismas de los Países Bajos y de Alemania (OCDE, 1985).

La producción intensiva de animales en corrales de alimentación tiene efectos asimismo importantes sobre el medio ambiente. Se estima que los ganaderos del Reino Unido arrojan cada año más de doscientos millones de toneladas de estiércol a las aguas corrientes. Actualmente, uno de los principales problemas en este sentido es la eliminación de los residuos químicos. Una encuesta realizada por la Water Authorities Association en julio de 1986 puso de manifiesto que se habían duplicado los casos de contaminación por efluentes del ensilaje con relación a los dos años anteriores. En 1986, Anglia Water informó que la mitad de los casos de muerte de peces habían dado lugar al enjuiciamiento de los responsables, y que un 60% de estos casos eran atribuibles a la eliminación de residuos químicos.

La excesiva utilización de productos químicos puede ocasionar concentraciones de nitrógeno superiores a 10 kg por hectárea. La mineralización del suelo como consecuencia de lechadas de alta concentración de nitrógeno puede alcanzar tanto a las aguas superficiales como subterráneas. En los Países Bajos, el contenido en nitratos de los pozos someros de agua potable es tal que ya no permite su utilización (CEE, 1986, pág. 32). El contenido medio de las formaciones acuíferas de la cuenca de París ha pasado de 20 a 40 mg por litro en los últimos veinte años, y en algunas regiones de Francia, como Beauce y Sologne, el contenido en nitrato de las aguas subterráneas supera los 100 mg por litro. Estudios realizados en más de seis mil pozos de Rinania del Norte-Westfalia han demostrado que dos tercios de ellos contienen nitratos en cantidades iguales o superiores a 50 mg por litro, máximo

permitido por la Directiva (CEE) n.º 80/778, de 15 de julio de 1980. Un tercio de los pozos superaban el límite, muy indulgente, de 90 mg por litro permitido en la República Federal de Alemania. Se estimó que el coste que supondría *reducir* en Alemania la concentración de nitratos del agua subterránea a niveles aceptables alcanzaría los 2.000 marcos por hectárea (Vogtmann, 1985, pág. 5). Hechos de este tipo causan alarma en los propios círculos políticos de la CEE. Las normas de la Comisión Europea establecen que:

...difícilmente puede ofrecerse una exención indefinida a las explotaciones agrícolas a partir del principio de que «el que contamina paga», y menos aún a los que, considerando su estructura y su gestión, son, a todos los fines, empresas industriales. (Comisión de la CEE, 1986, pág. 20.)

El punto final de la cadena alimentaria, los productos de consumo, muestra síntomas de contaminación semejantes. Pruebas aleatorias realizadas recientemente sobre productos de la CEE han demostrado que las hortalizas contienen en ocasiones cantidades de nitratos que alcanzan al triple de lo permitido. Los tomates tienen un contenido de bromuro excesivo, de acuerdo que una serie de pruebas realizadas por una asociación belga de consumidores. La mitad de la harina examinada en el mismo estudio presentaba rastros de plaguicidas potencialmente tóxicos. Una quinta parte de las aves de corral mostraban asimismo residuos de antibióticos. Estas pruebas han puesto en alerta no sólo a los grupos de consumidores y de defensores del medio ambiente de Europa, sino también a los funcionarios encargados por los organismos de la CEE de controlar la situación:

En términos generales, los alimentos son cada vez más artificiales y contienen más y más sustancias extrañas. No se han realizado estudios sistemáticos sobre posibles alteraciones en los niveles de nitratos, residuos de productos fitosanitarios y otras sustancias químicas indeseables en los productos alimentarios, pero resulta intranquilizante observar que las normas establecidas por la ley o recomendadas por los expertos *raramente se respetan en la práctica*. (CEE, 1986, pág. 17. La cursiva aparece en el original.)

Las consecuencias de la competencia internacional en relación con los productos agrícolas y los inexorables efectos de la «noria

tecnológica» subrayan así el carácter precario de los recursos naturales renovables tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo. Sólo varían las manifestaciones de la crisis del medio ambiente. Donde se encuentra más avanzada la agricultura comercial, como ocurre en Estados Unidos, la degradación del medio ambiente a consecuencia del cambio en la agricultura es con frecuencia «invisible» incluso para una buena parte de la población rural. Análogamente, en el Reino Unido y en otros países europeos el «campo» aparece, cada vez más, como construcción ideológica y, simultáneamente, como «realidad» objetiva, visión inevitable debida al incremento de la urbanización y a la necesidad de descanso, recreo y disfrute del paisaje por parte de la sociedad industrial.

A veces se supone equivocadamente que la contracción agrícola dará lugar a una «reserva» de parte de las tierras, en tanto que las subvenciones estatales reforzarán y reorientarán el proceso de protección del medio ambiente. Lo que probablemente sucederá (y supondrá importantes cargas para los contribuyentes y considerables ventajas para una minoría de grandes terratenientes), es que se estrecharán los objetivos de la política del medio ambiente, permitiéndose a unos pocos agricultores conscientes emplear mejores técnicas de conservación, al tiempo que la disminución de rentas forzarán a muchos agricultores a incrementar la racionalización de los cultivos. Desde luego, como señala Buttel, existen algunas pruebas de que la degradación del medio ambiente supondrá un problema más grave para las pequeñas explotaciones familiares que para las grandes explotaciones comerciales:

La cuestión... es que las mismas características de la agricultura que conducen a la degradación del medio ambiente (la inestabilidad de los precios de los productos, la presión costes-precios, el alto nivel de riesgo, los horizontes de planificación a corto plazo) son asimismo los elementos centrales que han hecho posible la explotación de la tierra en régimen familiar... (Buttel, 1982, pág. 7).

Los efectos de la crisis agrícola sobre el medio ambiente no pueden limitarse a un aumento marginal del interés por la conservación cuando los gobiernos de la mayor parte de los países industrializados sigue apoyando las explotaciones agrícolas

intensivas en capital y que hacen uso de gran cantidad de factores. En los países europeos en los que subsiste una ideología de explotación en pequeña escala, como Francia, el mantenimiento de los agricultores se relaciona con la protección del medio ambiente. El Reino Unido es un caso aparte dentro de la CEE, no sólo porque en dicho país, se presta más atención al hábitat y al paisaje, sino asimismo porque no se atiende a los motivos no económicos que pueden inducir al mantenimiento de la agricultura familiar. La legitimación pública de las explotaciones familiares se ha desarrollado codo con codo con la utilización masiva de aerosoles químicos, la ganadería «controlada» y la erosión de los hábitats naturales. Es preciso reconocer que la propia resonancia del concepto de «agricultura familiar», en términos ideológicos, ha dificultado a los gobiernos la exigencia a los agricultores de la adopción de acciones eficaces para invertir la tendencia hacia una mayor capitalización y especialización. La retirada del apoyo a los agricultores no supone una garantía de que se vayan a tomar en serio las consecuencias de la crisis agrícola sobre el medio ambiente. Pero es erróneo culpar a los propios agricultores de las repercusiones de las modernas técnicas de cultivo sobre el medio ambiente, en lugar de culpar a las políticas estructurales que justifican sus actos.

CONCLUSIONES

En el presente artículo hemos mantenido que la crisis agrícola presenta las siguientes características:

a) La crisis agrícola que afecta a los países industrializados es fundamentalmente una *crisis estructural*, cuyos orígenes se encuentran en *el modelo agrícola político/tecnológico* desarrollado en Estados Unidos y «exportado» a otros países, en particular desde la década de 1960.

b) La competencia en que se han visto envueltos los principales países exportadores es consecuencia inevitable de la adopción de un modelo desarrollado dentro de un país, pero que

se ha difundido en otros *en un contexto de carencia de acuerdos reguladores eficaces a nivel internacional.*

c) La crisis agrícola ha tenido *graves consecuencias para terceros países* que dependen de las exportaciones agrícolas y que se han visto apartados de los nuevos mercados de exportación en zonas como la cuenca mediterránea. También los países en desarrollo se han visto afectados negativamente por los excedentes alimentarios de los países del Norte y no han podido romper las barreras proteccionistas al comercio adoptadas en los mismos, al tiempo que ha aumentado su dependencia de «nuevos» regímenes alimenticios que incluyen el empleo de trigo y, en algunos casos, de alimentos transformados y bebidas.

d) El debate político que mantienen los países de la OCDE ha pasado del apoyo incondicional a los agricultores a la adopción de medidas para reducir los excedentes de producción. *Este apoyo más «condicional» a los agricultores no supone que se hayan roto los vínculos entre la política estatal, el sector agrícola y los agricultores.* Por el contrario, la contracción agrícola debida a la «eliminación» de los productores más marginales puede impulsar una mayor internacionalización del sistema alimentario.

e) Las consecuencias sobre el medio ambiente de la adopción masiva del modelo agrícola político/tecnológico no pueden expresarse adecuadamente en términos de efectos «externos». En algunos casos, especialmente en los países en desarrollo, la incorporación a este modelo de la producción agrícola de pequeña escala *puede resultar perjudicial para el sostenimiento de la actividad agrícola*, ya que los productores se hacen más vulnerables desde el punto de vista social y económico y les resulta cada vez más difícil reproducir y mantener sus medios de subsistencia. En los países industrializados, la especialización de la agricultura, su intensificación y la concentración de capital *han debilitado sistemáticamente la posibilidad de mantener un equilibrio ecológico.* Los problemas relativos al medio ambiente, como otras consecuencias del modelo agrícola político/tecnológico, *no son el triste resultado de una mala gestión, sino consecuencia del modo en que se ha difundido este modelo por todo el mundo. La crisis*

agrícola internacional se inició con la aplicación de la técnica y la ciencia a las tareas agrícolas. Como observó Sir Alfred Mond, la búsqueda de un nuevo modelo tecnológico y político anuncia de forma inevitable una nueva revolución agrícola. Hoy estamos en condiciones de valorar sus efectos.

Referencias

- BUTTEL, F. (1982), «Environmental quality in agriculture: some observations on political economic constraints on sustainable resource management», *Cornell Rural Sociology Bulletin* n.º 128.
- BUTTEL, F. y GERTLER, M. (1982), «Agricultural structure, agricultural policy and environmental quality: some observations on the context of agricultural research in North America», *Agriculture and Environment*, 7 (101-119).
- CEE (1986), *Informe de la Comisión de Medio Ambiente, Salud Pública y Protección del Consumidor*. Documento de trabajo del Parlamento Europeo A-2-207/85.
- COMISIÓN DE LA CEE (1986), *Un futuro para los agricultores de la Comunidad: Directrices de la Comisión*. CEE, Bruselas.
- FRIEDMANN, H. (1987), «Everyone's food comes from abroad: class specific diets and the international specialization of agricultural production». Informe presentado en las reuniones de la Rural Sociology Society. Madison, Wisconsin.
- GOODMAN, D., SORK, D. y WILKINSON, J. (1987), *From Farming to Biotechnology*. Basil Blackwell, Oxford.
- GREEN, B. H. (1981), *Countryside Conservation*. Allen and Unwin, Londres.
- KENNEY M., CURRY, J. y STOCKWELL, T. (1987), «Contextualising agriculture within postwar US society: Fordism as an integrative theory». Informe presentado en las reuniones de la Rural Sociology Society. Madison, Wisconsin.
- MITSUMI, H. (1985), «Environmental policy in Japan: its features and limitations». Nagoya, Japón.
-

- MOND, SIR ALFRED (1927), *Industry and Politics*. Macmillan, Londres.
- OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos) (1985), *Environmental Data*. París.
- RAMA, R. (1985), «Some effects of the internationalization of agriculture on the Mexican agricultural crisis», en S. Sanderson (dir.), *The Americas in the New International Division of Labor*. Holmes and Meier, Nueva York.
- REDCLIFT, M. R. (1987), *Sustainable Development: exploring the contradictions*. Methuen, Londres.
- SHOARD, M. (1980), *The Theft of the Countryside*. Temple Smith, Londres.
- VOGTMANN, H. (1985), «Environmental and socio-economic aspect of different farming practices». *The Other Economic Summit*, Londres.

RESUMEN

Este artículo examina las causas y la dinámica de la crisis agrícola de finales del decenio de 1980, y ofrece un marco para la comprensión de las repercusiones de dicha crisis sobre la reestructuración de las economías y sociedades rurales de la Europa Occidental, de Estados Unidos y de otras determinadas economías que destacan por sus exportaciones agrarias. Una vez que la agricultura y el medio rural han llegado a los titulares de la prensa, las cuestiones relativas a la crisis agrícola internacional han pasado a integrarse en el debate político general de Europa y de América del Norte. Los lectores de periódicos y los espectadores de televisión se han familiarizado con toda una serie de cuestiones: las reiteradas crisis presupuestarias de la CEE y las consiguientes propuestas de reforma de la política agrícola común (PAC), la creciente amenaza de una guerra comercial entre la CEE y Estados Unidos, o las protestas de los agricultores en Bruselas, incluidos el bloqueo de vías públicas con los tractores o las manifestaciones por la imposición de las cuotas lácteas. El artículo examina las cuestiones que subyacen a estos titulares y explica cómo las raíces de la crisis actual se encuentran en las medidas que se han tomado en Europa y en América del Norte, desde el decenio de 1950, para hacer la agricultura más eficiente y racional.

RÉSUMÉ

Cet article examine les causes et la dynamique de la crise agricole survenue à la fin de la décennie des années 1980, et il offre un cadre permettant de comprendre les conséquences de cette crise dans la réorganisation des économies et des sociétés rurales de l'Europe occidentale, des États Unis et d'autres économies, qui se distinguent par leurs exportations agricoles. Sitôt que l'agriculture et le milieu rural ont atteint les manchettes de la presse, les questions concernant la crise agricole internationale ont fait l'objet de débats politiques généraux en Europe et en Amérique du nord. Les lecteurs de journaux et les spectateurs de la télévision se sont familiarisés avec toute une série d'aspects tels que les crises budgétaires fréquentes de la CEE et les propositions correspondantes de réforme de la politique agricole commune (PAC), la menace croissante d'une guerre commerciale entre la CEE et les États Unis, ou les protestations des agriculteurs à Bruxelles, aboutissant même au blocage des voies publiques au moyen de tracteurs,

ainsi que les manifestations contre l'imposition de quotas laitiers. L'article analyse les questions sous-jacentes à ces manchettes et explique à quel point les racines de la crise actuelle plongent dans les mesures adoptées en Europe et en Amérique du nord, dès la décennie de 1950, afin de rendre l'agriculture plus efficace et plus rationnelle.

SUMMARY

The paper examines the causes and dynamics of the farm crisis in the late 1980s, and provides a framework for understanding the effects of the farm crisis in restructuring the rural economies and societies of Western Europe, the United States and selected major agricultural exporting economies. As agriculture and the rural environment have claimed the headlines, the issues surrounding the international farm crisis have entered mainstream political debate in Europe and North America. Newspaper readers and television viewers have become accustomed to a litany of familiar news items: successive EEC budgetary crises and proposals for the reform of the Common Agricultural Policy (CAP), the increasing threat of a trade war between the EEC and the United States, farmers' protests in Brussels, including tractor blockades and demonstrations at the imposition of milk quotas. This paper examines the issues behind these headlines, and explains the roots of the current crisis in the measures which have been taken to make agriculture more efficient and streamlined, in Europe and North America since the 1950s.

